

Miguel Sobrino

ASTILLOS
Y MURALLAS

LAS BIOGRAFÍAS DESCONOCIDAS
DE LAS FORTALEZAS DE ESPAÑA

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	17
<i>Al lector</i>	19
<i>Introducción</i>	23
QUE LOS DIOSES NOS GUARDEN	27
Orígenes de un modelo	30
Tras los pasos de Eneas	34
Orden interior	36
Defensas costeras	39
Castros y castros	40
Murallas íberas	43
Obras sobrehumanas	45
El orgullo de la ciudad	50
EL ORDEN Y EL PÁNICO	55
El rostro de la ciudad	60
Materiales de construcción	61
Las torres	63
Las puertas	66
Defensa y símbolo	70
Tarragona	71
Lugo	73
Cáceres y Coria	75
Astorga y Gijón	76
Cástulo y Baelo	78
Zaragoza y Olite	79
Barcelona y Ampurias	80

DE CAMPAMENTO A CORTE	85
Muestrario monumental	88
San Isidoro	90
El lado norte	92
Lado oriental	94
De mercado en mercado	99
Dos palacios renacentistas	101
Epílogo en el arrabal	104
INTERMEDIO ALTOMEDIEVAL	107
Viejas y nuevas murallas	111
El rey imprevisto	115
Fortalezas asturianas	117
Torres al oeste	121
Torres mozárabes	124
Fortalezas primerizas	127
La leyenda del año mil	129
CAMINOS DE CÓRDOBA	131
Omeyas y taifas	133
Características generales	136
Fortalezas emirales	138
Una nueva frontera	141
Gormaz	142
Otras fortalezas omeyas	147
Trujillo y Mérida	149
Andalucía	152
Epílogo taifa	155
ÁVILA Y LAS DEMÁS	163
Escenas y diálogos	166
Un renacimiento románico	167
El territorio como tablero	169
Sobre bases antiguas	171
Ávila mayúscula	173
<i>Episcopium</i> , alcázar y catedral	175

Otras murallas	178
Distinta conservación	184
A hombros de gigantes	189
LA INVENCION DEL CASTILLO	197
Crónicas del arzobispo	200
Hacia Loarre	202
Un castillo fronterizo	205
Del primer románico al románico pleno	206
Paseando por Loarre	209
Enigmas constructivos	216
Entre la arqueología y la devoción	217
La invención del castillo	220
Viviendo con la centaura	227
TAPIA INEXPUGNABLE	231
Una sobriedad engañosa	237
Murallas urbanas	238
La torre del Oro	240
Cáceres	246
Una revancha pacífica	250
ESPADA Y CRUZ	253
Religiosos y militares	257
Catedrales fortificadas	258
Iglesias encastilladas	261
Templos y murallas	265
Altars en las murallas	269
Monasterios de frontera	272
Monasterios-cofre	277
Cercas o claustros	280
Un campanario providencial	282
UNA LAGUNA EN LA HISTORIA	287
Palacios del siglo XIII	290
Razones para una ausencia	293
Torres y sinagogas	295

Vengan torres	301
Salas y cámaras	302
Ejemplos en Aragón	305
Colofón navarro	311
Una torre ideal	312
Hacia un castillo gótico	315
SEÑALES DE AUTORIDAD	317
¿El hermano pobre?	320
Formas y funciones	322
Distribucción interior	327
De cubiertas y almenas	328
Piedra y madera	331
De casa a palacio	333
Una torre de marfil	338
Una idea esclarecedora	340
LOS SEÑORES DE LA TIERRA	345
Un edificio incomprendido	350
Un jeroglífico tachado	352
Un edificio con dos caras	354
Espacios	355
Función y ornamento	357
Altillos y cubiertas	360
Copias y paralelos	361
El alcázar hoy	362
UN REINO AMURALLADO	367
Granada	370
El tercer río de Granada	372
Alta y reluciente	374
Las casas reales	375
Un retrato pictórico	380
La Alhambra cristianizada	386
Más allá del palacio	391
Murallas urbanas	394

Otras ciudades del reino	397
Hijuelas de Comares	403
Castillos: coraza y corazón	405
BELLAS Y BESTIAS	409
Bellezas góticas	414
Una idea abstracta	414
Un castillo redondo	416
Una corte efímera	421
Enamorados de la gentileza	422
Un coro de ángeles	424
Lo que pervivió tras la revuelta	429
Monstruos sobre la roca	431
Algunas murallas góticas	439
Sonreír ante la muerte	447
DOS ALCÁZARES REGIOS	451
Alcázares y reyes	454
El rey de los palacios	456
Reformas barrocas	468
Los últimos siglos	469
El castillo soñado	471
El vientre del acueducto	473
A espaldas de la ciudad	474
Un castillo románico	476
El palacio de los Trastámara	477
La reforma filipina	480
Incendio y reconstrucción	483
Los alcázares, hoy	487
CASTILLOS URBANOS	493
Castillos urbanos	495
Hidalgos y solares	497
Torres dispersas	501
Concentración de torres	507
Torres al mar	513
La vigencia de un modelo	515

CASTILLOS EN EL AIRE	519
Puentes habitados	522
Puentes torreados	524
Rómanico en Besalú	526
Puentes góticos	527
Puentes-puerta	530
Los desaparecidos	534
De torres a capillas	536
Coda en Brooklyn	538
NARANJOS Y LEONES	541
Fauna heráldica	544
Leones y leoneras	545
Romano y medieval	546
Los orígenes del placer	549
La restauración	555
Un futuro para Olite	558
El castillo de Benavente	559
Royendo piedras	562
La leonera de Benavente	564
Últimos ecos de las leoneras	566
UN IDEAL DE FORTIFICACIÓN	569
Hacia un ideal	571
Una teoría carioca	573
Castillos del siglo xv	575
Espejo de la nobleza	581
Capricho e invención	585
La distribución de espacios	589
Girar como el firmamento	592
Otros castillos	595
Pajes, guerreros y sirenas	596
Hacia el centro de la tierra	599
Barro sublimado	601
LA MÁSCARA DEL ADVENEDIZO	611
Antigüedad revivida	614

Ricos o enriquecidos	617
La Calahorra	619
Vélez Blanco	633
Renacimiento andaluz	642
Bornos	646
La mesa de dibujo del rey	648
RENACIMIENTO ALMENADO	653
La imagen exterior	657
Patios y escaleras	660
Pinturas murales	663
Jardines y colecciones	668
Las colecciones de antigüedades	669
Un alcázar tardío	673
El rey prudente y los castillos	680
LA DEMOCRATIZACIÓN DEL TRIUNFO	685
El triunfo de los arcos	688
Puertas medievales	689
Puertas del Renacimiento	694
Toledo imperial	699
Arcos andaluces	702
Otras puertas triunfales	709
La Edad Contemporánea	711
ESTRELLAS EN LA FRONTERA	719
Alzado o planta	723
Dos rasgos generales	724
Primeros castillos artilleros	726
Orden rústico	729
Estrellas varadas	734
Gigantes artilleros	737
Panorama artillero	742
Valor y puntería	746
Castillos de juguete	749

ADIÓS A LAS MURALLAS	753
Abajo las murallas	758
El regreso de las murallas	767
EVOCACIONES Y DERRIBOS	771
Castillos desde el tren	775
Burgueses y castillos	778
Neomedievalismo	779
Sobre el eclecticismo	783
Tres mujeres y tres castillos	786
Despojos	790
De la hecatombe al decreto	795
EL DESTINO DE LOS CASTILLOS	799
Paradores: castillos y monasterios	809
Vuelta al origen	810
Dos cuestiones previas	812
Ejemplos	813
Cara y cruz de la arqueología	819
Funciones y disfunciones.....	821
Murallas experimentales.....	823
Preguntas de despedida	824
<i>Glosario de términos</i>	829
<i>Índice geográfico</i>	835

AL LECTOR



Quien conozca los dos libros publicados anteriormente por La Esfera, dedicados a las catedrales y a los monasterios españoles, no esperará encontrar en este tercer volumen una «guía de los castillos de España». Siendo miles los castillos, torres y recintos amurallados que existen en nuestro país, contamos con la comprensión de quienes busquen en estas páginas, quizá en vano, *su* castillo; a cambio, esperamos que sirvan para enriquecer la visita a cualquier castillo o recinto amurallado. El índice geográfico ayudará, en todo caso, a quienes deseen seguir el rastro que un edificio o lugar haya podido ir dejando a lo largo de estas páginas.

Castillos y murallas se ha concebido ateniéndose, aunque de forma flexible, a un esquema general cronológico. Pese a ese orden más o menos temporal, vuelve a ofrecerse la posibilidad de hacer una lectura desordenada o bien saltando de unos temas a otros, temas que son fáciles de identificar gracias a los epígrafes que pautan los capítulos y a las propias ilustraciones.

Al final de cada capítulo se dan algunos títulos que han servido para la redacción del presente volumen. No son bibliografías sistemáticas, sino referencias destinadas al lector que desee profundizar en algún asunto; muchos de los textos que se citan son libros, pero otros son artículos de fácil localización a través de Internet. Además de esos trabajos, hay otros más generales a los que se ha acudido una y otra vez como fuentes de consulta: nos referimos a las obras de Jorge Jiménez Esteban (*El castillo medieval y su evolución*, Madrid, 1995, *Murallas de España*, Madrid, 1993 y *Castillos de España*, Madrid, 1995), Fernando Cobos y José Javier de Castro (*Castilla y León. Castillos y fortalezas*, León, 1998), Carlos Sarthou (*Castillos de España*, Madrid, 1983) o Ignacio Gil Crespo, quien da un panorama bibliográfico completo y actualizado en *Historia, arquitectura y construcción fortificada* (Madrid, 2014). Permanecen como obras de referencia dos títulos de Edward Cooper, *Castillos señoriales en la Corona de Castilla, siglos XIV-XV* (Salamanca, 1991) y el más reciente *La fortificación de España en los siglos XIII y XIV* (Madrid, 2014), sin olvidar una obra pionera como la

Arquitectura civil española de Vicente Lampérez, publicada en 1922 y reeditada en 1993. También es muy útil el *Glosario de arquitectura defensiva medieval*, de Luis de Mora-Figueroa (Cádiz, 1996) y revistas especializadas como *Castillos de España* y *Cuadernos de Arquitectura y Fortificación*.

Para asomarse literalmente a nuestras ciudades antiguas, siempre cobijadas por sus murallas, son fundamentales los maravillosos dibujos que hizo de ellas en el siglo XVI Anton van den Wyngaerde, reproducidos y estudiados por Richard L. Kagan en *Ciudades del Siglo de Oro* (Madrid, 1986). El fondo fotográfico del Instituto del Patrimonio Cultural de España, disponible a través de Internet, proporciona un campo ilimitado para la investigación, más allá de las fotografías que llevaron a cabo pioneros como Clifford y Laurent; más cercanas en el tiempo, pero no menos evocadoras, son las de José Ortiz Echagüe en *España. Castillos y alcázares* (Bilbao, 1964). En el momento de terminar la redacción de este libro se ha inaugurado oportunamente una exposición de maquetas de arquitectura fortificada, comisariada por Pedro Navascués y Bernardo Revuelta y acompañada del correspondiente catálogo, *Fortificación y ciudad* (Madrid, 2021). También se encuentran fuentes de gran valor en la Red, como la página oficial del Plan Nacional de Arquitectura Defensiva, que incluye multitud de enlaces y de fichas descriptivas, así como *www.romanicoaragones.com*, dirigida por Antonio García Omedes y que contiene una información que rebasa con mucho lo que parece deducirse de su denominación. Debe recomendarse asimismo el *Diccionario biográfico* de la Real Academia de la Historia, que, tras la polémica que acompañó a su presentación, se ha convertido en un gran apoyo para revisar y confirmar datos sobre los más diversos personajes.

Este libro busca, como enseguida notará el lector, prestar una atención relativa hacia asuntos y lances militares, y dar realce en cambio a otros valores de las antiguas fortificaciones, así como a su antigua condición (por mucho que hoy nos cueste imaginarlo frente a sus ruinas) de arquitecturas habitadas. Y es que a cualquiera de los ejemplos que aparecen en estas páginas, desde las murallas prehistóricas a los castillos medievales y desde los baluartes renacentistas a los búnkeres de la Guerra Civil, podrían aplicarse los versos de César Vallejo en su poema «No vive ya nadie...».

El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo,
de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado.
Las casas nuevas están más muertas que las viejas,
porque sus muros son de piedra o de acero, pero no de hombres.

INTRODUCCIÓN



omo los escarabajos y los crustáceos, los castillos dejan al morir un cadáver con buena presencia. La solidez de sus muros exteriores —su exoesqueleto o caparazón— convierte a muchos castillos, con el paso del tiempo y el abandono, en simulacros de sí mismos. Al contemplarlos desde fuera parecen estar intactos, haciéndonos creer en su permanencia, cuando en realidad se encuentran vacíos de entrañas.

Ese aspecto engañoso ayuda a que no abunde la valoración de las antiguas construcciones fortificadas como verdaderas piezas de arquitectura. Los castillos suelen ser apreciados por su estampa pintoresca y por su capacidad de integrarse en el paisaje y de evocar pasados reales o imaginarios, pero rara vez se contemplan como edificios; es decir, como conjuntos poseedores tanto de volúmenes externos más o menos llamativos como de espacios interiores, se conserven o no. Estos últimos, los espacios interiores de los castillos (sus entrañas), son los grandes olvidados: no se los suele tener muy en cuenta a la hora de estudiar las antiguas fortalezas, y tampoco se da mayor valor a sus restos y huellas cuando llega la ocasión de restaurarlas. En el libro se cuenta algún caso en que el proyecto de restauración de una torre o un castillo ha comenzado por su vaciado, llegándose a eliminar estructuras originales para sustituirlas por otras de hierro u hormigón. Estos proyectos encuentran financiación y licencias porque se escudan en lo único que parece importar: el mantenimiento de los volúmenes exteriores.

Una dificultad añadida para quien desee profundizar en el mundo de los castillos es que muchos de los que conservan su interior (o, usando el término antiguo, su «habitación»), permanecen en manos de particulares. En un país como el nuestro, donde ciertos privilegios mantienen una extraña vigencia, hay todavía propietarios que dificultan o hacen imposible la visita, pese a que las actuales leyes de Patrimonio obligan a programar días de acceso público para los edificios protegidos, y por ley todos los castillos lo están. Aunque existan notables excepciones —con particulares que establecen acuerdos de uso con las administraciones públicas o hacen compati-

bles la intimidad y la divulgación—, lo cierto es que algunos de los castillos que podrían ilustrarnos mejor acerca de su antiguo carácter, con los patios y dependencias aún dispuestos tras su coraza almenada, están fuera del alcance del público interesado, que debe conformarse con verlos desde fuera.

* * *

Por su propia naturaleza, la característica común a todos los castillos y murallas es la solidez. Concebidos (aunque no solo) para resistir embates guerreros, su fuerte complexión les sirvió en principio para contener otro ataque más taimado pero no menos virulento: la lucha en solitario contra los efectos del tiempo. Y es que la conservación de las fortificaciones empezó a flaquear cuando, coincidiendo con la irrupción del mundo moderno, dejaron de cumplir los diferentes cometidos para los que habían sido concebidas. En este aspecto, las fortalezas corrieron, como parte integrante del patrimonio construido, una suerte pareja a la de la arquitectura popular: si esta última ha sido muchas veces maltratada por recordar un tiempo de trabajo duro y vida precaria, los castillos ilustraban el viejo orden señorial, del que parecían ser su expresión más clara, por mucho que esta fuese también una visión parcial e incompleta de tales edificios. Y las murallas se veían como símbolos de opresión, cuando en origen habían servido para garantizar los privilegios de villas y ciudades.

Entre las funciones que cumplían los castillos y las murallas, la militar era solo una más, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo del libro: estaba también su papel simbólico y fiscal, su capacidad para señalar límites y posesiones, su misión residencial... No puede decirse que las fortalezas hayan sido olvidadas por la historiografía, como demuestra la multitud de publicaciones y guías que las tratan; pero sí que han sido encasilladas, como actores a los que se asignan determinados papeles, desperdiciando su potencial capacidad de explorar otros posibles registros. Igual que ciertos intérpretes, su casi siempre ruda fisonomía los ha colocado en un lado de la historia, a la que sirven de ilustración como fondo o escenario de hechos de armas, sin que apenas se recuerden sus otras facetas. Las antiguas fortalezas son entonces tratadas desde el punto de vista de la poliorcética (según la RAE, «arte de atacar y defender las plazas fuertes»), situándolas sin remedio en la historia militar, y no en la historia de la arquitectura. Es como si de los templos griegos nos interesasen tan solo los ritos que tenían lugar en ellos, dejando en segundo plano sus virtudes en el campo de la construcción y el diseño arquitectónico. Hablar de los castillos sin tra-

tar más que sus almenas, ladroneras y rastrillos nos puede llevar, en fin, a olvidar el valor de esas construcciones como representantes de un *típo* arquitectónico.

Es esto último lo que más va a interesarnos en el presente libro. No, desde luego, las leyendas, que en el campo de la arquitectura fortificada proliferan más que en ningún otro: al acercarnos a un castillo nos rodean tantas sugerencias procedentes de la ficción («un castillo de cuento», se dice a veces elogiosamente) que no parece necesario que encontremos luego gran cosa al franquear sus puertas. Sus muros desnudos serán entonces vestidos sin esfuerzo por la fantasía, alimentada (aunque, generalmente, con muy poco rigor) por incontables novelas y películas.

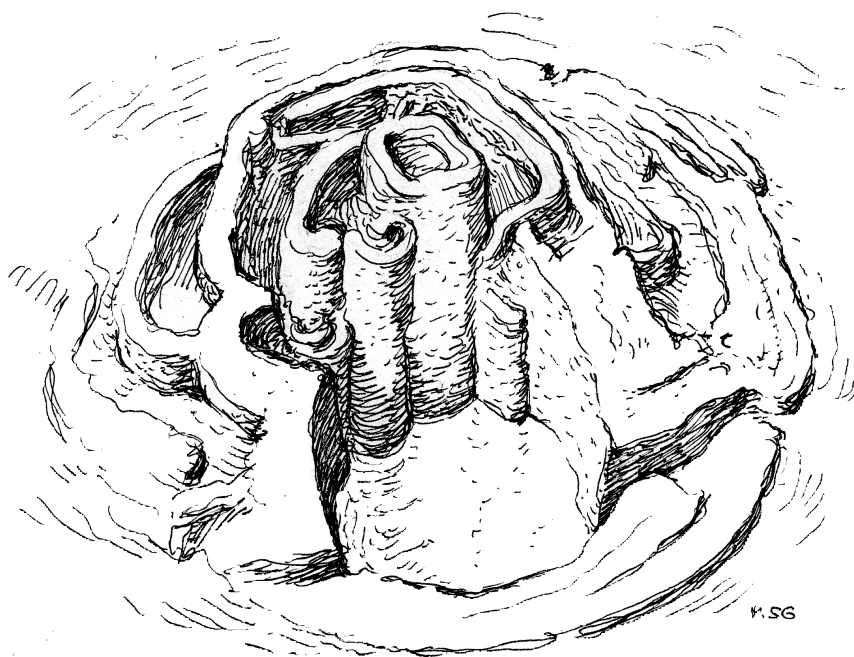
* * *

Es cierto que los castillos nunca han escapado de cierta idealización, como demuestran las descripciones que se hacen de ellos en la literatura bajomedieval o la frecuencia con la que sus muros y torres figuran en los fondos de las pinturas góticas y renacentistas, coincidiendo con su época de esplendor. Lo sorprendente para un espectador moderno (acostumbrado a identificar las fortalezas históricas con muros raídos y desmochados) es que algunas de esas estampas aparentemente ilusorias coincidían con la realidad, como demuestran las pocas ocasiones en que se han conservado, por ejemplo, los castillos que aparecen en las maravillosas miniaturas de *Las muy ricas horas del Duque de Berry*.

El posible valor de este libro estará en evitar los puntos de vista más recurrentes —el castillo como parte de la historia de la técnica militar y de los lances bélicos; como elemento paisajístico o, peor, «identitario»; como escenario de cuentos y leyendas— para centrarnos en otros que deben ser reivindicados. Intentaremos comprender los castillos y murallas como obras pertenecientes al mundo de la arquitectura, al que sin duda han aportado multitud de hallazgos y particularidades; también nos detendremos en los múltiples caminos por los que las fortalezas han inspirado al pensamiento y a otras artes. Por eso habrá de centrarse nuestra atención, como se decía al principio, en aquellos castillos que conserven su interior o que, al menos, mantengan los testimonios suficientes para *desentrañarlo*. Porque de eso se trata: de ahondar, intentando comprenderlos como organismos arquitectónicos completos, en su completa y coherente anatomía.

QUE LOS DIOSES
NOS GUARDEN

LAS PRIMERAS FORTIFICACIONES



¿Quién fue el primero en mostrar las espadas temibles?

¡Qué cruel —y de hierro también él— fue!

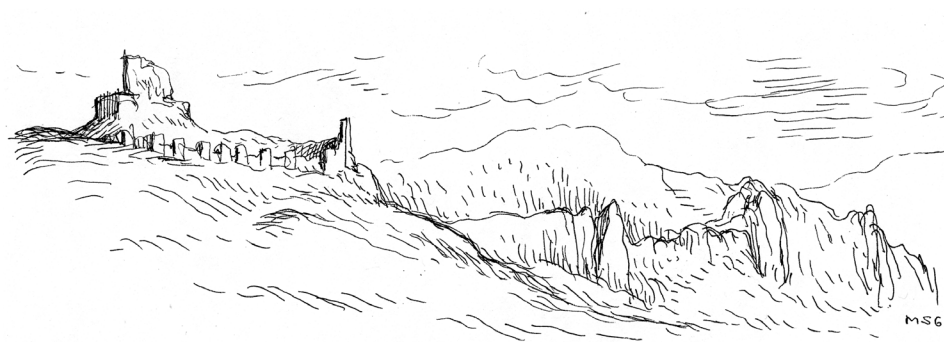
TIBULO, *Madre Paz*



e todas las formas que ha ido adoptando la arquitectura, la de las fortalezas es la más antigua y la que ha dejado un rastro más constante y prolongado. La arquitectura fortificada es la que siempre estuvo allí, la que nos acompaña desde mucho antes de que la invención de la escritura señalase el inicio de la historia. Y la que, gracias a su solidez, ha permanecido en pie mientras la fragilidad de las construcciones domésticas y la volubilidad de las creencias religiosas daban al traste con las viviendas y los templos de quienes, una generación tras otra, seguían sin embargo protegiéndose tras los mismos muros. Cuando empezó la traslación gráfica del lenguaje que llamamos escritura y que hace de gozne entre lo prehistórico y lo histórico, hacía siglos que las murallas y los castillos servían para buscar protección, ostentar poder y ejercer control y dominio. Es decir, para cumplir los mismos cometidos a los que han seguido sirviendo hasta fechas recientes.

Las fortificaciones son también, entre todas las construcciones humanas, las que mejor permiten intuir el papel de las formas y accidentes de la naturaleza como modelo y fuente de inspiración. Una cueva podrá verse como origen del espacio construido que llamamos casa o templo, y la existencia de iglesias y habitáculos trogloditas así lo confirman; pero los castillos y murallas hacen que nos adentremos aún más en el pasado, dejándonos vislumbrar los primeros gestos conscientes del hombre como habitante y transformador de la Tierra. ¿Qué es una torre atalaya, sino la forma de fijar y exaltar la primera impresión que produce asomarse desde una altura a un vasto territorio? De igual modo, podemos imaginar la erección de las primeras murallas como una manera de reproducir los farallones roco-

sos que dificultaban el paso de los caminantes, y los fosos no harían más que replicar el obstáculo ofrecido por los ríos en tiempos en los que aún no se soñaba con la existencia de puentes. Por eso es tan fácil —en una operación inversa que, dentro de su obviedad, tiene algo de inmersión en la memoria de la humanidad— imaginar torreones y murallas cuando observamos montes y cerros coronados por crestas rocosas.



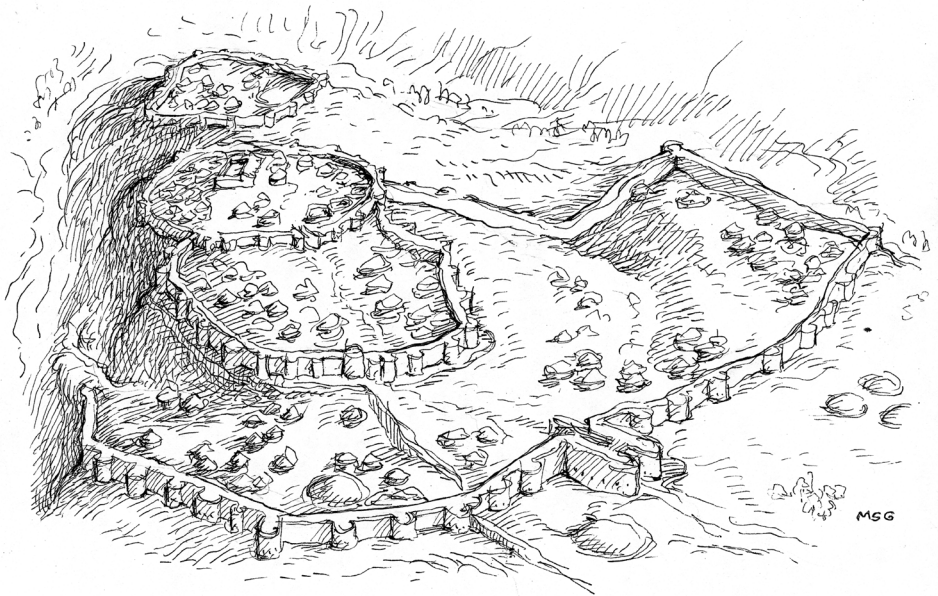
Castillo de Aliaga, Teruel.

En su mayoría, las primeras fortificaciones no harían otra cosa que prolongar accidentes y relieves del terreno y estarían levantadas con materiales poco duraderos. Hacia la mitad del tercer milenio antes de Cristo surgieron las primeras obras perdurables, levantadas con sólida piedra.

ORÍGENES DE UN MODELO

Uno de los conjuntos fortificados más extensos y mejor conocidos de nuestra prehistoria es el de Los Millares, en Almería; sus estructuras más antiguas superan los cinco mil años de antigüedad. El poblado en sí estaba formado por cabañas circulares de barro y paja, y solo algunos edificios peculiares (los talleres, un presunto templo o palacio) poseían planta cuadrangular. En contraste con la sencillez de las viviendas, que se distinguían unas de otras por su mayor o menor diámetro, hay en Los Millares tumbas muy elaboradas (según el habitual tipo prehistórico del dolmen con cámara y corredor, pero haciendo uso de piedras labradas y falsas cúpulas) y un ela-

borado sistema de defensas, con cuatro recintos sucesivos. En esos muros se aprecia una notable sofisticación: estaban jalonados de cubos, y su puerta principal era monumental y compleja. De todo ello se aprecian hoy las primeras hiladas de piedra, fundamento de unas construcciones que a partir de esa altura estaban hechas con adobe.



Cuádruple muralla de Los Millares.

Las líneas de muralla de Los Millares se limitaban a seguir el relieve orográfico, cercando un área que se encontraba poblada de forma azarosa: hay por tanto una idea de ciudad, pero no de orden urbano. Casas y tumbas se encuentran diseminadas por la superficie intramuros (en el caso de las tumbas, también extramuros), sin nada que sugiera organización o jerarquía; únicamente puede intuirse, por un sentido elemental de la poliorcética, que las personas y los bienes serían más importantes cuanto más internados estuviesen respecto a los sucesivos recintos.

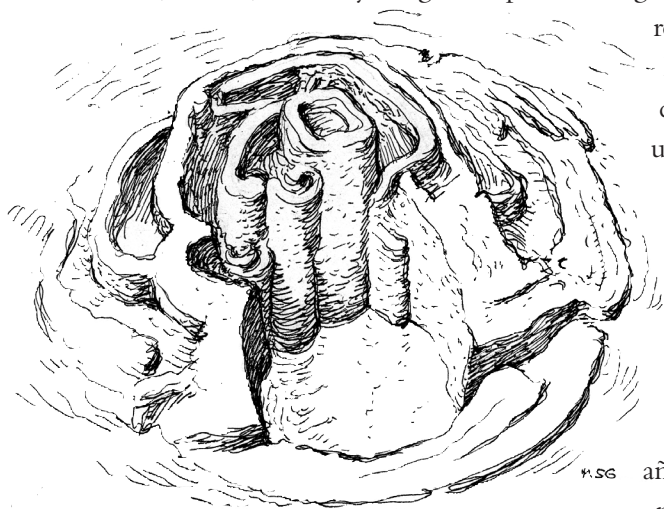
Además de las murallas que rodeaban el núcleo, el poblado contaba con una serie de fortificaciones satélite, dispuestas a lo largo de las alturas cercanas y que podían constituir simples atalayas o, al contrario, adquirir formas más sofisticadas; algunas presagian la disposición de padrastrós, encargados de ocupar puntos elevados que podrían convertirse, en manos del enemigo, en plataformas desde las cuales

hostigar al núcleo principal. Entre esos «fortines» sorprende encontrarse con unos cimientos que podrían hacer creer que pertenecen a un castillo de época muy posterior, con varias murallas concéntricas provistas de sus propios cubos de defensa y dispuestas alrededor de una torre central. Aunque se trate de muros arrasados, es lógico pensar que cada uno de esos elementos acrecentaría su altura conforme se acercase al centro, donde estaba la torre-ataya. Datado en la Edad del Cobre, ya tenemos en este fortín de Los Millares el esquema básico de lo que —con todas las variaciones y refinamientos que se quiera— habrá de repetirse luego tantas veces: torre principal, recinto murado, barbacana y foso.

Cuando José Martínez Peñarroya publicó su resumen de los orígenes de la fortificación hispana aún no había sido excavada y restaurada una construcción fascinante, pieza clave para conocer la Prehistoria (no solo fortificada) de nuestra arquitectura: la llamada motilla del Azuer, cerca de Daimiel. Con sus cerca de cuatro mil años de antigüedad, parece que deberíamos encontrarnos ante una obra que permitiese constatar los enormes cambios operados desde los tiempos de su erección. Y sin embargo, como ocurre con Los Millares, lo que nos enseña es todo aquello que ha pervivido, atravesando civilizaciones y credos, a lo largo de milenios: la importancia crucial del acceso al agua, el deseo de protección, la aspiración a sobrepasar los límites de la simple necesidad, la trascendencia que se atribuye a la muerte. En la motilla del Azuer vemos una gran torre que demarca el territorio y lo vigila, controlando los caminos y los cultivos; un recinto que protege a la torre y que cobija distintas instalaciones, talleres, hornos y un gran depósito de agua; una corona de viviendas que

rodean y sirven a la fortaleza, hallando en sus fuertes muros, en caso de necesidad, la promesa de un cobijo seguro; un cementerio donde dar descanso a los muertos.

Todo esto, tan antiguo y tan intemporal, ha sido recuperado en fechas recientes, aunque como yacimiento se conociera desde hace bastantes años. La motilla del Azuer es la más representativa y mejor conservada de las motas que jalonaban



Motilla del Azuer.

el territorio manchego durante la Edad del Bronce. Aunque sea más modesta, es contemporánea de las míticas fortificaciones de Troya y Micenas, de los muros hititas del Egeo o de la fortaleza de Buhen, hoy sumergida bajo las aguas nilóticas de la presa de Assuan.

Con la curvilínea plasticidad de sus muros, prueba de una forma de construir hábil pero arcaica, en esta fortaleza prehistórica resultan fascinantes los ondulantes pasillos que desorientan al intruso y lo vuelven vulnerable, y que hoy, libres de lances bélicos, parecen una lejana premonición de los laberintos metálicos de Richard Serra. Nos separan milenios de esta construcción, y sin embargo no cuesta comprender las intenciones de quienes instalaban en ella sus hornos y fraguas, usaban como almacén de grano sus depósitos, protegían en caso de necesidad su cabaña de ganado o abrazaban con altos muros el don más preciado, el agua, que hoy continúa emergiendo gracias al ingenio hidráulico más antiguo que se conoce en territorio peninsular, y al que podemos considerar un precedente brillante y remoto de los aljibes que existen en cualquier fortaleza que se precie.

En la motilla del Azuer —en la que solo cabe esperar que se vaya repoblando de vegetación su entorno, hoy dedicado al cultivo extensivo— se manifiestan las características esenciales de las fortificaciones prehistóricas que aún existen en España: más o menos toscas en su ejecución, pero transparentes en el objetivo que se buscaba al construirlas. Misiones tales como el control visual del entorno y la defensa o la protección de vidas y bienes se dan por descontados, a las que habrían de sumarse en épocas de mayor civilización la demarcación de lindes jurisdiccionales e impositivas.

Pero en toda fortificación hay también un trasfondo ideológico, que resulta muy evidente al contemplar un castillo bajomedieval, tachonado de escudos e inscripciones que proclaman la estirpe de sus propietarios, algo que no parece tan claro cuando nos encontramos ante una muralla prehistórica. Así que la pregunta que inevitablemente surge es: si un castillo prehistórico no resulta tan distinto de otro medieval (al menos, si atendemos a ciertas funciones primarias que ambos comparten), ¿dónde está la *heráldica* de estas primeras fortalezas? ¿Qué elemento podría jugar en ellas el papel emblemático, y si es posible amedrentador, que tenía la exhibición de los blasones, lemas y relieves durante la Edad Media y el Renacimiento?

El lector no encontrará en este capítulo una relación de los pueblos que vivieron en nuestro suelo antes de su anexión a Roma, un asunto complejo y que, salvo para los especialistas, puede resultar tan desalentador como las antiguas listas escola-

res de los reyes godos; ya Estrabón advertía de lo extenuante que podía ser la sola enumeración de los nombres de quienes habitaban entonces la península. Esta primera incursión en la arquitectura fortificada de nuestro país pretende más bien sugerir algunas de las cuestiones, tanto técnicas como ideológicas, que encierran los tremendos muros levantados por nuestros ancestros prerromanos.

TRAS LOS PASOS DE ÉNEAS

La *Eneida* es una obra maestra de la literatura antigua y es, también, un fabuloso pastiche, un intento de ensalzar la historia de Roma sirviéndose como modelo de las epopeyas homéricas. No acaba de lograrlo: mientras Homero nos habla junto a las aguas transparentes de un manantial, Virgilio ha de conformarse con las turbias y morosas corrientes de un curso fluvial bajo. En el poeta griego, el prodigio, la intervención del hado, los destinos humanos manipulados por los deseos de los dioses, son el resultado de una particular comprensión de la mecánica de la vida, mientras en el romano parece un eterno *Mc Guffin*, un comodín abusivo sin el cual la acción apenas avanzaría y que con frecuencia es transmitido con cierta distancia descreída y hasta con ironía, como si ya no le fuese posible mantener la interpretación providencial del mundo y de las vidas humanas que poseía un griego preclásico.

Asistimos, a través de las obras de Homero y de Virgilio, al tránsito de la creencia a la superstición. El segundo de estos autores permite, en ese aspecto, una interesante comparación con el mundo medieval, al que siempre se le acusa de padecer una carga excesiva de componentes religiosos: cotejada con las cuitas de los héroes del autor mantuano, plagadas de intervenciones divinas, presagios y visiones prodigiosas, cualquier ficción medieval parece estar imbuida del más pragmático prosaísmo. Habría que añadir que Virgilio es, además, un puritano al estilo de cierto cine norteamericano actual: se regodea morbosamente en las frecuentes y crudas escenas de violencia, y sin embargo deja fuera de encuadre o envueltos en neblinas metafóricas pasajes que hubieran podido ser muy sustanciosos, como los encuentros amorosos de Eneas y la reina Dido.

Lo dicho no impide, por supuesto, que la *Eneida* posea pasajes sublimes. Y que, aunque esté escrita en época de Augusto, sirva para vislumbrar cuestiones que ya entonces, en el siglo I a. C., debían de tener un largo recorrido; y esto último es lo que ahora nos parece del mayor interés. Sin dejar de ser una ficción histórica —la distancia temporal entre lo narrado y el narrador equivale a la de un autor actual

que novelase sobre la España visigoda—, o precisamente por ello, el texto de Virgilio está sembrado de apreciaciones que remiten a un mundo arcaico, de las que se pueden obtener informaciones valiosas en nuestro objetivo de aproximarnos a la arquitectura fortificada más primitiva.

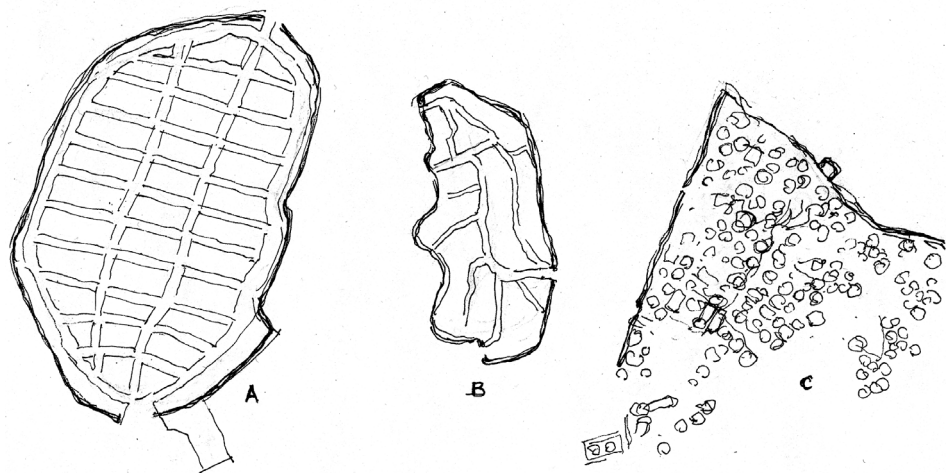
En su accidentado recorrido por el Mediterráneo, los exiliados de Ilión identifican ciudad y muralla, advirtiendo que se trata de la construcción más notable de un núcleo urbano y la que lo dota de una determinada imagen. Cada ciudad que se describe es, en realidad, un recinto amurallado, cuya silueta no se veía entonces sobrepasada por las de las torres, cúpulas y templos que habrían de caracterizar a las urbes medievales y posteriores. A lo largo del libro se ve que, por definición, ciudad es aquella porción de terreno habitado y delimitado por el perímetro de las murallas, una zona que se identifica con la misma posibilidad de un desarrollo de la civilización —en el Libro I se dice que Eneas «dará a sus gentes leyes y murallas»— y que contrasta con la extensión peligrosa y salvaje, sin humanizar, del territorio exterior. Desde siempre, los muros que acotan una fortificación o un núcleo habitado fueron el medio por el que los hombres comenzaron a despegarse de la extensión multiforme y sin límites de la naturaleza: en el *Poema de Gilgamesh* viene a oponerse el área de lo ordenado y mensurable («la bien murada Uruk») y la extensión amenazante que lo rodea, donde viven seres pavorosos que escapan al control humano.

De la mano de un demostrado buen guía como Virgilio, convertido en novelador de un pasado para él remoto (pero del que escucharía ecos para nosotros ya extinguidos), podremos quizá comprender mejor las primeras generaciones de fortificaciones hispanas, parte integrante de esas construcciones que fueron acompañando al origen, en el área mediterránea, de la civilización occidental. La misión primera, la de servir de defensa ante el peligro, se describe en las ocasiones en que la multitud busca refugio tras los muros: «Al punto los teucros, por todas las puertas, entran con gran clamor a refugiarse y llenan las murallas» (Libro IX). La *Eneida* alude también en varios momentos al instante fundacional de las murallas (y con ellas de la ciudad, que en esos muros tenía su límite), cuando se traza sobre el suelo su contorno, algo ya conocido por la leyenda de Rómulo. Como el mítico fundador de Roma, Eneas dibuja con un arado el límite de la nueva Troya, línea que habrá de servir de fundamento a la muralla (Libro V); el hecho de levantar el arado (*portare*) donde los muros debían interrumpirse para dejar accesos al recinto amurallado sería el origen etimológico de la palabra «puerta». En otra ocasión (Libro VII), el héroe señala «con una zanja poco profunda, el contorno de las murallas, comienza a edificar el lugar y [...] rodea sus primeras viviendas con empalizadas y un terraplén». Una y otra vez, vemos

que la concepción de un núcleo urbano iba asociada a la definición y resguardo de su perímetro mediante un recinto amurallado. En el canto sexto de la *Odisea*, Homero nos da una síntesis perfecta de los elementos que conforman un establecimiento urbano: «Nausítoo [...] construyó un muro alrededor de la ciudad, edificó casas, erigió templos a las divinidades y repartió los campos».

ORDEN INTERIOR

En muchos núcleos urbanos no había, de hecho, otro elemento ordenador que la línea de murallas, como la membrana celular que da coherencia, aun adaptándose a su forma, a los distintos elementos contenidos en ella. Habría muchas maneras de clasificar las poblaciones prerromanas, pero una de las más claras sería hacerlo según el grado de ordenación con el que se disponen sus edificios y sus defensas. Obviamente, el relieve del terreno juega en este campo un papel decisivo; pero incluso en los enclaves más accidentados puede advertirse si ha habido cierta planificación o, por el contrario, ha primado la improvisación.



Plantas esquemáticas comparadas de Numancia (A), Azaila (B) y Santa Tecla (C).

Así, podría irse desde los enclaves dotados de un trazado urbano regular (como Numancia, donde los romanos se limitaron a rectificar levemente el plano viario celtíbero) y otros donde las calles mantienen su alineación aunque se adaptan a las

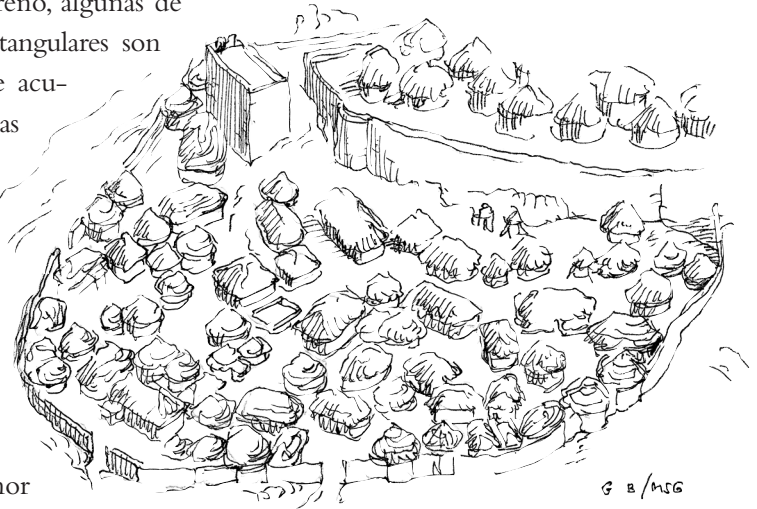
curvas de nivel, como en Azaila, hasta llegar a las áreas sembradas de casas y edificios sin aparente concierto, depositadas como por azar en un pedazo de suelo, como ocurre en muchos castros. La existencia de calles más o menos regulares coincide con la construcción de viviendas alineadas y de planta cuadrangular, divididas interiormente mediante tabiques de abobe, mientras los conjuntos desordenados muestran muchas veces construcciones de planta oval o circular. No siempre se puede hablar de estos tipos urbanos como el producto de una evolución: sin salir de las poblaciones de tipo castreño, algunas de

las que poseen casas rectangulares son más antiguas que las que acumulan sin orden cabañas redondas. Al primer tipo pertenecería el castro abulense de las Cogotas, abandonado en el siglo I a. C.; al segundo los de Santa Tecla o Coaña, que seguían habitados en época romana.

En la mayor o menor ordenación de algunos núcleos puede pesar el grado de influencia en las pobla-

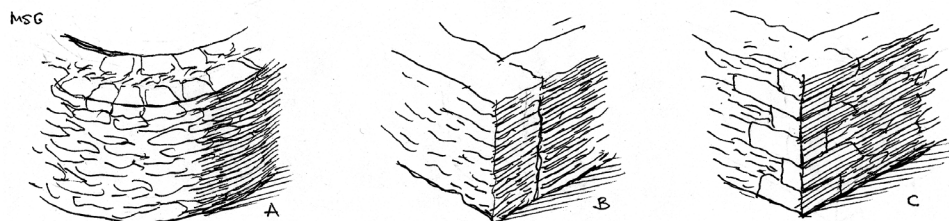
ciones locales de las colonias griegas y fenicias, más fuerte como es lógico en todo el arco mediterráneo. Como indica Lorenzo Abad, «la cultura ibérica es en realidad una consecuencia de la culturización de las poblaciones autóctonas a partir de la presencia de pequeños grupos locales semitas —fenicios, púnicos— y griegos», a lo que habría que añadir que dicha influencia se produjo a veces por el contacto de los mercenarios iberos que se trasladaban temporalmente a territorios como el sur de Italia; a cambio, el aspecto primitivo de la cultura castreña, que llega hasta la misma romanización, estaría relacionado con su situación geográfica, de espaldas a la influencia llegada del Mediterráneo.

Otra posible clasificación de los poblados y ciudades prerromanas se fijaría en la forma de construcción, no ya de las murallas, sino de las citadas viviendas y otras edificaciones no defensivas, pues no cabe imaginar que las técnicas seguidas para levantar unas y otras estuviese completamente divorciada. Aquí debe destacarse algo



Vista parcial del castro de Coaña, según García y Bellido.

aparentemente tan simple como la existencia, o no, de esquinas. La planta circular de muchas construcciones primitivas se debe a la dificultad que conlleva construir muros en ángulo. Lo tenemos tan asumido que puede pasar desapercibido, pero la esquina es un invento fundacional, tan influyente como la rueda. Para hacer una esquina no basta con levantar dos muros en ángulo: hay que trabarlos, evitando que se separen (como sin duda harán, en el caso de que ese encuentro esté mal resuelto). Las llamadas «cadenas» de piedra (bloques o lajas que penetran alternativamente en uno y otro muro, para así *coserlos*) no se deben a una decisión que surja de forma natural, sino que son el resultado de una experiencia meditada y en la que habría, sin duda, ensayos y errores. Hasta llegar a ella, lo mejor era disponer las piedras o adobes a lo largo de un círculo o un óvalo, donde no existieran las líneas de rotura en que habrían de convertirse dos muros juntos, pero insolidarios.



Muro curvo (A) y esquinas mal y bien trabadas (B y C).

Las fortalezas y murallas harían sin duda de motor en la evolución general de la construcción. A falta de grandes templos y palacios, empujados por la necesidad de defensa, en muchos núcleos de la España prerromana las murallas serían el equivalente de las catedrales durante la Edad Media: la culminación de los saberes técnicos y del esfuerzo colectivo necesario para llevarlos a efecto. Precisamente, la paulatina inclinación de esos esfuerzos hacia obras de otro tipo (santuarios, esculturas, almacenes, sepulcros monumentales) irá anunciando un tiempo distinto, más próximo a lo que desde Grecia comenzaba a impregnar a quienes poblaban nuestra península antes de la dominación romana.

Por último, deberíamos distinguir entre las fortificaciones destinadas a proteger núcleos urbanos, tuvieran la forma que tuviesen, y aquellas otras, normalmente aisladas, que se encargaban de custodiar un manantial o vigilar sobre un promontorio del territorio o, como veremos a continuación, los peligros que pudieran llegar por el mar.

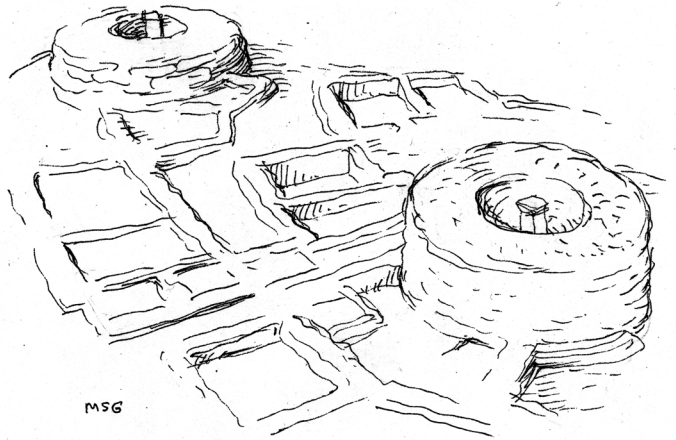
DEFENSAS COSTERAS

El archipiélago balear posee un conjunto importantísimo de arquitectura prehistórica, concentrado sobre todo (en parte, por las destrucciones del desarrollismo mallorquín) en la isla de Menorca. Aunque es un patrimonio compartido con otras islas mediterráneas, como Malta y Cerdeña, el de Menorca se distingue por su riqueza y variedad y por poseer algunos tipos arquitectónicos sin paralelos, como las navetas, de uso funerario, y las taulas, de función más incierta. Hay también salas hipótilas, como la de Torretrencada, en Ferreries —que en su rudeza constituyen intentos de lograr espacios construidos complejos—, así como torres vigía o talayots, que dan nombre a la cultura talayótica pese a ser los elementos menos originales de todos: se trata de torres circulares, normalmente troncocónicas, similares a otras que jalonan las costas sardas.

Debemos resaltar ahora los talayots porque son también las únicas construcciones baleares de uso militar o, mejor dicho, defensivo, sirviendo más como puntos de vigilancia que como fortalezas de defensa. Junto a ellos existen a veces viviendas, formando poblados que vendrían a protegerse y servir a estas primitivas atalayas; ejemplo de ello es el poblado talayótico de Son Fornés, en Mallorca.

Como estructura, los talayots están contruidos a la manera de gruesos volúmenes troncocónicos. No son macizos, sino huecos, con un apoyo central que contribuiría a sustentar la azotea desde la cual pudieran otearse los posibles peligros llegados a través del mar; en caso de que el espacio interior se ampliase, como en el talayot de San Cristóbal, podrían llegar a introducirse varios pilares como sustento de la cubierta. Por su función, los talayots son el precedente más lejano de los fortines que seguirían construyéndose en nuestra costa levantina y meridional hasta bien entrada la Edad Moderna.

Antes de la romanización, tanto los fenicios como los griegos construyeron en la costa este de la península fortificaciones sofisticadas y con un aparejo muy cuida-

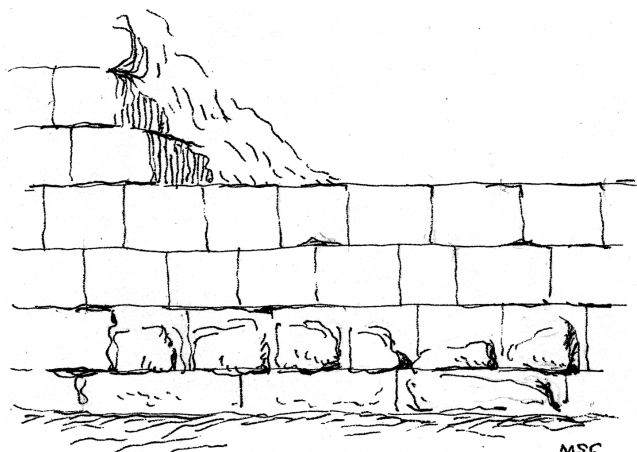


Poblado talayótico de Son Fornés.

do. A la cultura fenicia pertenecen por ejemplo los restos de la muralla de Cartagena, ciudad fundada como una nueva Cartago (el dominio sobre los recursos mineros de nuestro suelo fue uno de los motivos que espolearon las disputas entre cartagineses y romanos), así como la de Toscanos, en Málaga, del siglo VI a. C.

Los restos de ambas no permiten ver amplios trazados de muralla o sistemas

defensivos, pero al menos ofrecen la posibilidad de constatar la bien escuadrada sillería con que estaban levantadas. Otros enclaves hispanos, como Almuñécar, conservan construcciones de este tiempo pero de tipos diferentes, por ejemplo enterramientos con ajuares que muestran, incluyendo objetos griegos o egipcios, el movimiento cultural, y no solo guerrero, que se daba entonces en el Mediterráneo.

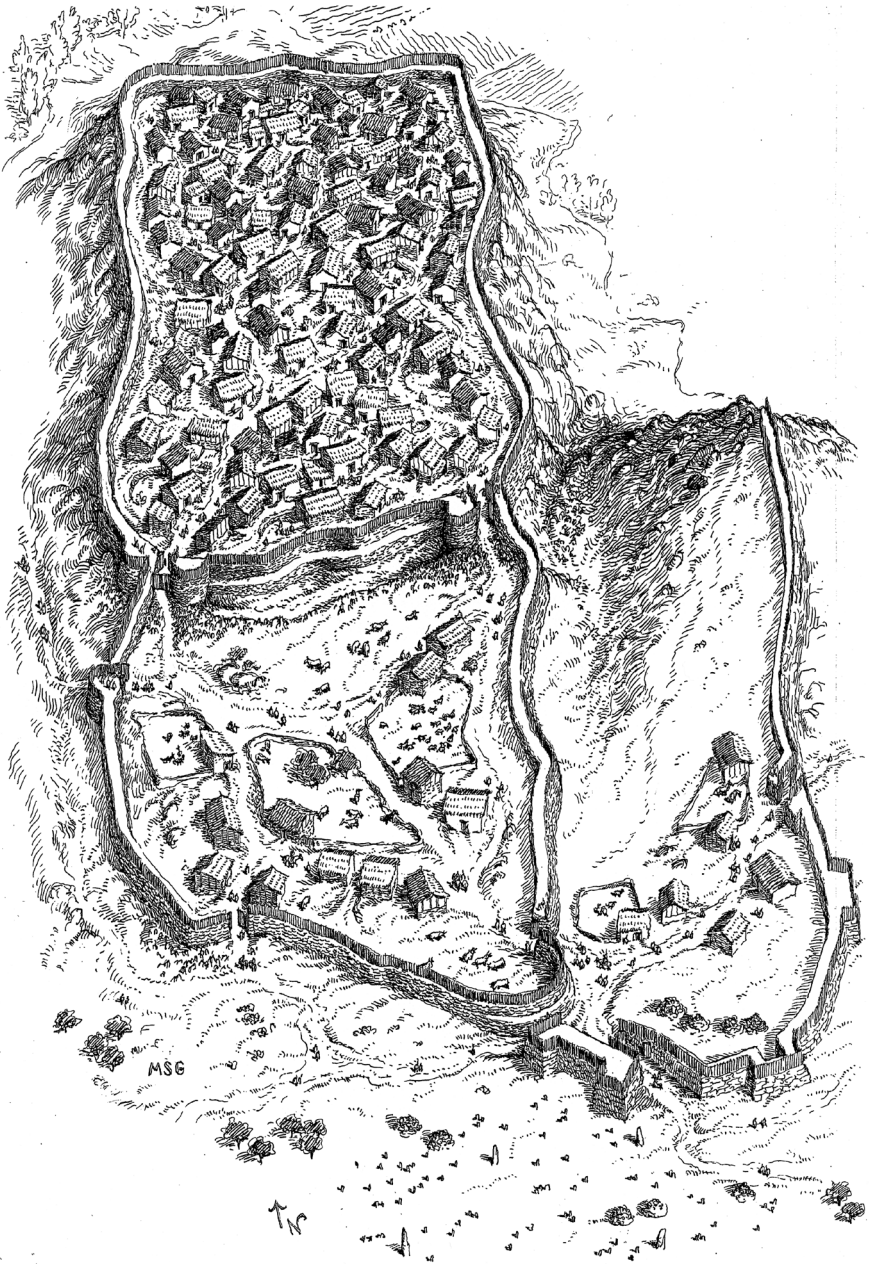


Muralla de Toscanos.

CASTROS Y CASTROS

A la sombra de lo que viene llamándose «cultura castreña» existen lugares bastante diferentes entre sí. Se logra comprender algo mejor el legado castreño cuando agrupamos sus asentamientos en dos grandes áreas, divididas a su vez entre multitud de pueblos de distinta definición y enmarque territorial: la mesetaria, que comprende parte de las actuales provincias de Ávila y Salamanca y una porción del norte de la de Cáceres, y la noroeste, que abarca Galicia y, flanqueándola, la cornisa cantábrica y el norte de Portugal.

Como forma urbana, el castro es un núcleo amurallado que contiene viviendas y otros edificios de formas diversas, normalmente aislados y colocados de manera aparentemente azarosa. Aunque se han conservado recintos murados de piedra de altura apreciable, se supone que sobre esa base fortificada se erguía todavía una segunda defensa de madera, a modo de empalizada. Ante las murallas existían a veces campos de piedras hincadas (derivadas de otras, más antiguas, conformadas con estacas) para estorbar el paso franco de atacantes a pie o a caballo. Los pocos accesos estaban a veces reforzados con algo parecido a cubos, o curvaban su trazado para dificultar la entrada.



Castro de Chamartín.